

eran indispensables para la corrupción de caracteres que había de preceder a la regeneración. Por eso no podía Núñez embarcarse en un régimen de austera economía, que condujera salvo al país a una era de bienandanza después de la crisis que atravesaba.

Siendo, pues, un poeta conceptuoso y a veces profundo, un escritor disciplinado, un político hábil, sin escrúpulos y sin olvido de las ofensas recibidas, no era el semidiós que se nos pinta, la fuerza natural irresistible, el alud que hubiera sido capaz de arrollar y desmenuzar todas las murallas, todas las fortalezas, si éstas no se hallaran ya medio destruidas. No puede negarse que el advenimiento al poder de la reacción clerical, de la que fué Núñez instrumento pasivo y no espíritu propulsor, se habría retardado un tanto si en vez de Núñez ocupara la Presidencia de la República un carácter íntegro, un hombre opaco a las seducciones del

enemigo, a los halagos de la gloria, del poder o del odio. Pero en todo caso el país marchaba por la pendiente a una época de retroceso, de silencio y de autoritarismo, tanto por la miseria ambiente, como por los errores innegables del partido liberal. Núñez leal, habría encabezado o secundado, como lo insinuamos ayer, una corriente reformadora dentro de la comunidad que le dió la presidencia. Vacilante, débil, tortuoso no se atrevió a rechazar la tentación del enemigo para traicionar a sus hermanos. ¿De dónde sale el gigante, el varón de lucha, de martirio, de abnegación y de profecía que domó los contrarios elementos y supo imponer un pensamiento que era rechazado por sus contemporáneos? Sinceramente no lo vemos. Ni podríamos verlo, porque el estadista, por grande y sustantivo que se le suponga, apenas si logra imponer su sello en alguna leve modalidad de los acontecimientos que le toca en suerte presidir. Jamás con-

sigue crear los hechos de todas sus piezas y a la medida de sus deseos. Atribuirle tal mérito a un hombre, no pasa de ser un error fetichista muy en armonía con las tendencias y con el espíritu de los partidos conservadores. Núñez fué, como todos lo recordamos, lo fué Caro también, un apóstol del providencialismo en sus formas crudas y primitivas. Contra esa teoría, que no es inocente, sino una de las más peligrosas que pueden preconizarse en una democracia, han reaccionado siempre, no solamente la comunidad liberal, sino los hombres que en el seno del conservatismo les han profesado verdadero amor a las doctrinas republicanas. Así se entronizaron los dictadores en todos los tiempos, y lo que es mucho más grave, así se les da aspecto de cosa sagrada, intocable, a instituciones repudiadas por la voluntad de los pueblos.

(El Diario Nacional, Bogotá).

EL terrícola picardo ama el suelo productor con la misma pasión avariciosa que el campesino propietario de todas partes, en todos los tiempos.

Los campesinos tienen, denominador común, una psicología rudimentaria, idéntica, muy conocida: apego al terruño, pragmatismo san chopanquesco, desprecio de las idealidades, odio a las novedades, desconfianza del urbícola, espíritu de continuidad en las mismas labores, en las mismas costumbres, en las mismas creencias, preocupaciones, sumisiones. En suma, el ruralismo representa un pétreo sentido conservador.

El hombre de la ciudad representa todo lo contrario: el ansia de renovación, la inteligencia investigadora. La riqueza puede, a veces, deberse al campo. El progreso no se debe sino a la ciudad.

Un ejemplo resplandeciente hiere nuestras pupilas. Los generales zaristas, vendidos al oro reaccionario de Francia y de Inglaterra, ¿entre quiénes levantan tropas contra el comunismo de Moscou? Entre las parras estáticas de *mujics* que revientan de miseria, de *vodka* y de abyección, apellidando «padrecito» al zar que los ignora y «su grandeza» al terrateniente que los esquilma.

El agricultor del Oise, cerca de una ciudad como París, de enorme capacidad consumidora, y aledaño de Departamentos — Somme, Aisne — devastados por la invasión teutónica, se ha enriquecido con la guerra y en la postguerra. El suelo, al extremo parcelado, es suyo. Raro será que el

Campesinos y obreros

(De El Sol, Madrid).

sudor del labriego picardo — máxime por estas regiones de Wavignies, Ansaucillers, Bulles, Catillon, Saint-Just-en-Chaussée — no caiga sobre terrones que le pertenezcan; así está de dividida en lótes minúsculos la propiedad agrícola.

El que no es todavía propietario aspira a serlo. Como faltan brazos en Francia — el millón y medio de brazos que cercenó la guerra, — el campesino, si propietario, vende caro lo que produce, so pretexto de producir menos y con excesivos gastos, y cuando simple bracero, cobra cara su colaboración. Así, patrón, se adinera; jornalero, vive con abundancia, tiene casita propia, animales, y podrá mañana, si algo ahorra, convertirse, a su turno, en patrón. El consumidor, el ciudadano, paga.

No parece atesorar, como los profesionales del odio, antipatía excesiva hacia Alemania, cuya invasión, indirectamente, lo ha enriquecido. Habría que averiguar, por lo demás, en qué proporciones corre sangre germánica por las venas de este franco de ojos grises y pelo claro. En todo caso no descuella por un patriotismo a usanza del siglo XIX.

Tampoco descuella por ese patriotismo el obrero ciudadano. Pero ¡qué diferencia de estímulos en el sentido de uno y otro!

El obrero tiene al internacionalismo, a lo universal, a ver a la humanidad

de su clase con ojos fraternos. El labriego, más cerrado de horizonte y de mollera, es localista: más que apego a la patria, idealidad abstracta, ama el terruño, realidad productiva. El uno amplifica su sentimiento, que en el otro se encoge, como la piel de zapa de Balzac.

* * *

El sentimiento patriótico evoluciona, aunque varíe poco en su esencia. Evoluciona, amoldándose a nuevos conceptos de la sociedad y aun de la vida.

El campesino tiende a restringirlo a su interés personalísimo y local. No consigue su propósito por la presión del Estado. El Estado, ejerciendo inexorable su acción generalizadora, fundente, impide el egoísmo localista y mantiene un vasto ideal de patria.

Contra el patriotismo del Estado se yergue el obrero, que coloca el espíritu de clase por encima de las fronteras, y no se siente solidario, sino enemigo, dentro de los propios límites, de las clases burguesas, capitalistas, que lo oprimen y explotan.

El industrialismo moderno es de lo que más contribuye a la modificación que se está operando a nuestros ojos del sentimiento patriótico. El industrialismo ha exacerbado el imperialismo y pone en choque a los imperialismos rivales.

Para lanzar a los pueblos unos contra otros se habla de patria. A los banqueros, gobernantes, generales y vendedores de útiles y máquinas, máxime si son de guerra, no les cae de la boca la invocación patrió-